

ELOGIO DEL DOCTOR ANGEL BRIOSO VASCONCELOS

**ACADEMICO DE NUMERO DE LA SECCION DE DEMARTOLOGIA
Y SIFILOGRAFIA**

**Por el Dr. Alfonso Pruneda, Secre-
taro Perpetuo de la Academia.**

De acuerdo con el turno que fija la lista de trabajos que los señores académicos deben presentar en este año de 1933-1934, nos hubiera tocado en suerte escuchar hoy, miércoles 23 de mayo, la persuasiva y docta palabra de nuestro muy querido colega el Dr. D. Angel Brioso Vasconcelos, que por espacio de catorce años y dos meses ocupó tan merecidamente un sitio en la sección de Dermatología y Sifilografía de esta Academia. Por desgracia, después de larga y penosísima dolencia, en que se aguilataron su estoicismo y su fortaleza, nos abandonó para siempre el 24 de octubre de 1933, dejando a esta ilustre Compañía sin su entusiasta y vigorosa colaboración.

No tendremos ya la ocasión de escuchar su autorizada voz en este recinto; pero, aprovechando este día, que debería ser el suyo, conformémonos con evocar, siquiera brevemente, su muy grata memoria. Ojalá que las palabras que voy a decir en elogio suyo puedan servir, como es mi mejor y más ferviente deseo, para destacar, en sus rasgos más importantes, la recia y maciza personalidad del finado paladín de la honradez profesional.

El Doctor Angel Brioso Vasconcelos nació en la ciudad de Oaxaca el 17 de noviembre de 1883; siendo sus padres Don Manuel Brioso y Doña Rosa Vasconcelos, esta última, de familia a cuyo apellido han dado lustre merecido, en los últimos años, distintas personalidades. Inicia su educación primaria en una escuela oficial y la concluye en un establecimiento católico, donde hace también sus estudios preparatorios, de los cuales sustenta examen, con éxito notorio, en el Instituto de Ciencias y Artes del Estado. En 1904, se traslada a esta capital para hacer sus estudios profesionales en la Escuela Nacional de Medicina; y en ella, sus maestros aprecian pronto la inteligencia y la dedicación que siempre le caracterizaron. En los tres últimos años de su carrera está inscrito también en la Escuela Médi-

co Militar; recibe su título de Médico cirujano el 3 de junio de 1910 y, poco después, el despacho de Mayor médico cirujano del Cuerpo Médico Militar.

Durante su vida estudiantil es practicante del Servicio Médico de Comisaría (1906), ayudante preparador de la cátedra de química biológica en la Escuela Nacional de Medicina (1907-1910) y practicante del Hospital Militar de Instrucción (1906-1910). Desde entonces, se inician las dos actividades, profesionales y docentes, que habrían de ocupar fructuosamente su vida.

En la Facultad de Medicina de nuestra Universidad, es sucesivamente: ayudante del profesor de fisiología (1915-1918), profesor libre de patología médica (1919-1920), profesor de patología general (1920) y profesor de clínica de venereología (1925-1927). La Escuela Médico Militar, a la que tuvo siempre especial cariño, lo ocupa como ayudante interino de higiene (1911), como jefe de clínica propéutica médica (1912) y lo pone al frente de la cátedra de higiene, de 1923 a 1933. Ascendido a teniente coronel del Cuerpo Médico Militar en 1913, causa baja al año siguiente; es reincorporado al servicio en 1923, con el mismo grado. No es, en rigor, un médico militar; es fundamentalmente un catedrático de la Escuela Médico-Militar.

Su reconocida laboriosidad, la honradez con que trabaja y su amor y dedicación al estudio le permite desarrollar con el mismo éxito otras actividades. Es ayudante del jefe de la sección de fisiología en la Dirección de Estudios Biológicos (1915-1916), consejero del Departamento de Salubridad y jefe del servicio contra la fiebre amarilla (1920-1923), consejero y jefe del servicio de desinfección (1925-1927), jefe de oficina del servicio de enfermedades transmisibles (1931-1932) y médico del mismo servicio (1933).

Simpatizador convencido y militante del esfuerzo social, pertenece a las siguientes agrupaciones: Academia Nacional de Medicina, Asociación Mexicana de Médicos Militares, Sociedad Mexicana Sanitaria y Moral "José Terrés", Asociación Médica Mexicana, Sindicato de Médicos Cirujanos del Distrito Federal, Asociación Médica Franco-Mexicana, Sociedad Mexicana de Eugenecia, Asociación Médica Panamericana y American Public Health Association. Toma parte activa, en diversas asambleas: es delegado del Gobierno de Michoacán al Primer Congreso Mexicano del Tabardillo (1919) y relator general del Segundo Congreso del mismo nombre (1921); presidente de la sección de eugenecia del Primer Congreso Mexica-

no del niño (1921); Presidente del Segundo Congreso Mexicano de Venereología (1922); secretario general del VII Congreso Médico Latino-Americano (1925); delegado al III Congreso de la Asociación Médica Pan-Americana y delegado del Departamento de Salubridad a la Conferencia Pan-Americana de Enfermedades Venéreas reunida en Washington en 1920. Participa con igual entusiasmo en los Congresos Médicos Nacionales de Puebla, Toluca y Saltillo, en los que es muy apreciada su intervención doctrinaria, polémica y social.

Todavía le queda tiempo para dedicarse con notorio éxito al periodismo médico. Es director de la *Gaceta Médica de México*, de 1920 a 1927; corresponsal en México de *The Journal of the American Medical Association* (1919-1925; redactor médico de *"El Universal"* (1919) y colaborador asiduo de diversas publicaciones. Se le debe una traducción, aún inédita, del *Manual de Higiene del Doctor Charles F. Bolduan* (1930), autorizada por el autor.

El mérito de vida tan laboriosa se realza porque la personalidad de quien la vivió, (algunos años en lucha constante con la enfermedad) ofrece aspectos interesantes, algunos de ellos ejemplares y dignos de recordación. Médico honrado y concienzudo el Dr. Brioso Vasconcelos se distinguió en el ejercicio de su especialidad, de cuyos progresos estuvo siempre al tanto, sin tener, como algunos, el prurito peligroso de experimentar procedimiento o medicaciones "de última hora. Sus enfermos, que apreciaban la seriedad de su carácter y el rigor de su conducta, lo estimaban y seguían con merecida confianza. En la cátedra, por la que tuvo singular predilección, lo habrán de recordar siempre sus discípulos porque, poseedor de sólida cultura y erudición, nunca hizo gala indebida de ellas; porque su exposición era clara y concisa; porque ilustraba su enseñanza con oportunos ejemplos de la práctica médica y, sobre todo, porque no desperdiciaba oportunidad para despertar en sus alumnos el sentimiento del deber y para ponerlos en guardia contra el charlatanismo y la falta de decoro profesional.

De esta campaña fué siempre valeroso y convencido paladín. La rectitud de su carácter, que nadie puso en duda, le vedó aprobar y mucho menos aceptar, prácticas que conciencias elásticas no encontraban censurables. Conocedor profundo del origen y de los métodos del charlatanismo, así como de la psicología de sus secuaces, les hizo guerra implacable en todas las circunstancias que estaban

a su alcance: en la cátedra, por la prensa, en la tribuna de las sociedades y de los Congresos médicos. Por ello tuvo contrariedades frecuentes y aún, en ocasión memorable, sufrió serio quebranto. En esta noble lucha, nada le arredraba ni hacía cambiar su opinión. Era, como aquel gran liberal mexicano y como uno de nuestros más grandes maestros, de "los que se quiebran pero no se doblan". Gustaba, como Cristo, de tomar el látigo para arrojar a los mercaderes del templo.

La misma intransigencia le caracterizaba en la discusión del valor de la ciencia y del método científico. No se llamó nunca positivista; pero fue de los que, con estricta justicia, podrían ostentar este mal interpretado calificativo. Quizás le convendría más el dictado de librepensador, si no fuera porque su misma intolerancia y su espíritu de lucha le hicieron en ocasiones combatir enconadamente opiniones adversas pero respetables y atacar con igual vigor a quienes las sustentaban. En todo caso, ni quienes no simpatizaban con algunos rasgos de su carácter, ni quienes militaban en campos distintos, dejaron de reconocer la firmeza de sus convicciones y la honradez de sus propósitos. Educado en sus primeros años en un establecimiento católico, dejó a un lado la religión, sin que ello fuera obstáculo para que tuviera siempre profunda estimación hacia un sacerdote, a quien obsequiara frecuentemente en recuerdo de lo que decía deberle, pero a quien no quiso dar la alegría de que le ayudara a la definitiva reconciliación.

Interesado en las cosas de nuestra historia; simpatizador ferviente de las ideas liberales; creía en la política, pero abominaba de los políticos; por ello sufrió también, en alguna ocasión, otro quebranto de importancia en su carrera. Su liberalismo no le impidió, sin embargo, reunir a Guerrero y a Iturbide, en el patriótico recuerdo que hizo, en nuestra Gaceta Médica, del centenario de la consumación de la independencia nacional. Inquieto y batallador desde joven, gustaba, sin embargo, de respetar y hacer respetar el principio de autoridad: sus colegas del Cuerpo Médico Militar saben bien de su estricto espíritu de disciplina. Todos los que pudimos estar cerca de él, sabemos igualmente, de su cortesía y de su caballerosidad; de su amabilidad y también de su ironía; del agrado de su conversación íntima; de su infatigable acuciosidad en el cumplimiento del deber.

Habiendo tenido la satisfacción de que trabajáramos juntos en el Departamento de Salubridad, puedo, en esta ocasión, rendir pú-

blico tributo a las cualidades de trabajo, de competencia y de comprensión de nuestro querido colega. Interesado ya desde antes, en las cuestiones relativas a la higiene, tomó con verdadero cariño el servicio que se le confiara para combatir la fiebre amarilla. Pronto se documentó en los diversos aspectos de la campaña y, con su espíritu abierto, coordinó, entusiasta y cordialmente, la cooperación de los médicos de la Fundación Rockefeller, que siempre tuvieron por él profunda y merecida estimación, y contribuyó de modo eficaz y con su esfuerzo personal al éxito del trabajo y a la extinción de la terrible enfermedad. Como consejero del Departamento, su colaboración fué igualmente preciosa, por la claridad de sus opiniones y lo acertado de sus juicios; así como también por la importancia de sus conocimientos, cada día más extensos y más sólidos. El aficionado a la higiene (como él mismo se llamaba), se convirtió pronto en un competente y convencido higienista, que habría de prestar importantes servicios en el mismo Departamento de Salubridad y habría de profesar, con éxito notorio, la cátedra respectiva. Fué, como es sabido, campeón resuelto de la lucha antivenérea, partidario acérrimo de la pasteurización de la leche, enemigo convencido de la desinfección terminal y simpatizador activo de la propaganda y de la educación higiénica.

El Doctor Brioso Vasconcelos fué también un periodista distinguido y en esa tarea puso en juego las mismas cualidades que lo caracterizaron en su vida profesional, distinguiéndose sus escritos, particularmente, por la corrección del estilo y el rigor en el empleo del tecnicismo médico. Como corresponsal de "The Journal of the American Medical Association", dió a conocer a los lectores de su edición española, en forma correcta y desapasionada, las principales actividades médicas de nuestro país. Encargado de la página médica de un importante diario de esta capital, hizo de ella una tribuna respetada, en que defendió una vez más los intereses profesionales, atacó el charlatanismo según sabía hacerlo y, por medio de amenos artículos de vulgarización, contribuyó eficazmente a difundir las nociones y prácticas higiénicas más importantes. Su obra como director de la "Gaceta Médica", se confunde con la que realizó en pro de esta Academia.

Nuestra compañía lo acogió en su seno, en calidad de socio de número, en la Sección de Dermatología y Sifilografía, el 13 de agosto de 1919, después de que presentó, como memoria de ingreso, la

que lleva por título: "Contribución al estudio del tratamiento de la neurosífilis". Este importante estudio fué juzgado por los señores académicos Doctores Ricardo F. Cicero, Jesús González Urueña y Germán Díaz Lombardo, quienes, en el dictamen respectivo señalan, como méritos del nuevo colega, los siguientes: "la erudición que demuestra en su trabajo, el entusiasmo con que estudia los progresos de la ciencia, las pruebas patentes de actividad que da en hospitales y Escuelas" y hacen de él, el siguiente elogio, que sintetiza felizmente su vida profesional: "el Dr. Brioso es de los que han elegido la honorabilidad y el trabajo como armas para la lucha por la vida". Con esas armas, contribuyó siempre al prestigio y progreso de nuestra Academia.

La Gaceta Médica de México honra sus páginas con los siguientes escritos de nuestro inolvidable compañero: Contribución al estudio del tratamiento de la neurosífilis; La pretendida sueroterapia de la sífilis; ¿Debe ser preferido el salvarsán alemán? ¿Cuál es el mejor tratamiento de la sífilis?. Un buen negocio: Caso curioso de muerte por inanición; Comunicaciones acerca de las inyecciones intra-arteriales; los accidentes de la medicación salvarsánica, el problema del alejamiento de las basuras, un caso de tuberculosis pulmonar con esplenomegalia curado con todo éxito por medio de los rayos X, posible medio de contagio por la costumbre de dar la mano al saludar, y tratamiento de la coriza. Suscribió también el dictamen relativo al trabajo enviado a la Academia por el Dr. P. Sánchez Pérez y el referente a los trabajos de concurso presentados sobre el tema "programa general para la formación de la Geografía Médica-Mexicana". En todos esos escritos se revelan la acuciosidad, la competencia y el buen juicio de su autor.

Pero donde son más patentes estas cualidades, a las que para hacerlas más valiosas, se sumaron a la incansable actividad, el fogoso entusiasmo y el notorio desinterés, es en su obra como director del órgano de la Academia y tesorero de la corporación, de 1920 a 1927. En la Gaceta, siguió y completó la obra de transformación iniciada por nuestro distinguido colega el Dr. Landa, esforzándose siempre en dar a nuestro periódico el mayor interés. Se le deben importantes editoriales sobre la sueroterapia de la sífilis, el anuncio y el decoro profesional, la lucha contra las enfermedades venéreas, los intereses profesionales, la reglamentación del ejercicio profesional y diversos tópicos relacionados con la deontología médica. Cuidó de que apare-

cieran, en los diversos números, noticias nacionales y extranjeras de asuntos interesantes a los médicos; crónicas de congresos y otras asambleas científicas; revista de la prensa médica nacional y extranjera, en forma de extractos y traducciones; notas personales y necrológicas; notas bibliográficas; aforismos propios muy interesantes y otros ajenos, sobre práctica médica y conducta profesional, y, con escándalo de los colegas apegados rígidamente a las fórmulas tradicionales, aun llegó a incluir en las páginas de la Gaceta, una sección de humorismos, que le permitió flagelar con la misma decisión de siempre, algunas lacras profesionales.

Esta clase de actividades editoriales, que dieron a nuestro periódico gran interés y vasta circulación, se desarrolló en medio de numerosas dificultades pecuniarias y de otra clase. Era la época en que nuestra Academia no tenía local propio, sus archivos iban de aquí para allá, las cuotas no existían en forma regular, no había fondos para la Gaceta y los académicos, desanimados, parecían conformes con que se extinguiría nuestra corporación. Ni el Dr. Brioso ni los amigos a quienes él acudió entonces conocieron, sin embargo, este desaliento. La fé del primero, su entusiasmo y su actividad, contribuyeron poderosamente a hacer desaparecer las dificultades y, para ello, sirvió de modo eficaz nuestra Gaceta, remozada y llena de bríos.

En el seno de la Academia, la actuación de nuestro biografiado fué particularmente señalada, y sólo aminoró cuando la enfermedad y el desaliento que le produjo lo alejaron de nosotros. Desde su ingreso, pensó en que convenía modificar el reglamento "para adaptar la Academia a las necesidades actuales" (según sus propias palabras), y trabajó activamente para que se llevara a cabo esa reforma. Personalmente invitó a varios médicos distinguidos, sobre todo jóvenes, para que "inyectarán nueva sangre a la corporación". Cuando concurría a las sesiones, casi invariablemente tomaba la palabra, comentando atinadamente los trabajos, pero siempre defendiendo con calor sus convicciones. En algunas circunstancias difíciles, fué de los que pusieron el nombre y la autoridad de la Academia por encima de todo y de todos, y de los que, con más energía, defendieron el criterio y el método científico. Deseoso de dar a nuestra Compañía una vida más intensa y de extender sus relaciones sociales, introdujo la música en los programas de las sesiones de apertura, práctica que por desgracia ha caído en desuso, e inició las cordiales reuniones que, desde entonces, celebran algunos académicos después de

aquellas. Mientras su salud se lo permitió, puso su actividad, inteligente, honrada y entusiasta, al servicio de nuestra Compañía.

Por todo esto, nuestra pena fué tan intensa como sincera, cuando sabíamos del tremendo combate, que, con ejemplar estoicismo, libraba con el mal que habría de llevarlo a la tumba. Por eso, nuestro dolor fué grande, al tener noticia de que la muerte, si por fin generosa le libertaba del hondo sufrir, en cambio, le arrebatava de su hogar, donde quedaba sola y sin consuelo una dama virtuosa y abnegada; le alejaba de sus amigos que nunca habrán de olvidar al que fuera, parafraseando al poeta, agudo varón, en quien se reunieran los idealismos del Quijote, las rebeldías de Savonarola y los tormentos de Greco; y privaba a esta Academia, a la que tanto amó, de una de sus más eminentes figuras.

Descanse en paz el servicial y leal amigo; el médico honrado y hábil; el catedrático inteligente y erudito; el funcionario íntegro; el higienista capaz y convencido; el indomable paladín de la honradez profesional; el académico entusiasta y laborioso; el hombre bueno, que supo hacer respetar su intransigencia porque siempre la puso al servicio de la Verdad y del Bien. No volveremos a ver su ascética figura ni a escuchar su interesante palabra; pero, mientras exista nuestra Academia, habrá de recordarse siempre a quien la honró en vida singularmente y trabajó, como pocos, por su adelanto y su engrandecimiento.

México, 23 de mayo de 1934.

IN MEMORIAN.

DR. WILLIAM HENRY WELCH.

Es inevitable que desaparezcan continuamente los hombres y que con este motivo recordemos sus hechos y sus pensamientos.

Entre los médicos, ante las noticias de todo el mundo, encontramos desgraciadamente con frecuencia, nombres de sabios, de maestros, de amigos, pertenecientes al grupo y nos causa tanta pena como si se tratara de uno de los nuestros, ya que la ciencia, al igual que el dolor, borran distancias, acercan los espíritus y unifican propósitos.